

El concreto no fragua por decreto

Jorge Vázquez Ángeles

AL EFECTUAR UNA REVISIÓN HISTÓRICA para saber si los trabajos de los arquitectos más famosos del mundo han sido siempre infalibles, el resultado es negativo. Cuando se invoca la arquitectura para solucionar un problema el asunto termina, generalmente, en pleitos, demandas y, al más puro estilo de una competencia olímpica, los presupuestos se rompen cada semana.

Es bastante conocida la anécdota de Frank Lloyd Wright, acaso el mejor ejemplo del arquitecto ególatra, presumido y hablador, que fue demandado por decenas de clientes insatisfechos: su obra más famosa, la Casa de la Cascada (1937), construida precisamente encima de una cascada en un sitio llamado Bear Run, en Pensilvania, adoleció de humedades y goteras. Un chorrillo persistente que caía sobre la mesa de la estancia, el corazón del proyecto, provocó que la señora Kaufmann, molesta por la situación, telefonara a Wright para decirle lo que estaba ocurriendo. El gran Frank, un verdadero cínico, tras haberle cobrado alrededor de 12 mil dólares por el proyecto y los muebles, solucionó el problema bajo la lógica del mudancero: “Mueva la mesa”.

La mayoría de los arquitectos nunca saben a ciencia cierta cuánto deben cobrar por sus proyectos. Es verdad: el terreno económico se vuelve pantanoso cuando el arquitecto se enfunda la casaca de contador y elabora el presupuesto. Jean Nouvel, afamado arquitecto francés, ganó el concurso para la ampliación del Museo Reina Sofía, en Madrid: hacia finales de





1999, la obra costaría casi 70 millones de euros. Cuatro años después, incluidos tres directores del museo y dos gobiernos federales, los trabajos seguían inconclusos y el costo ya superaba los 90 millones, debido a las adecuaciones que debieron de hacerse para solucionar varios defectos como las filtraciones en la gran cubierta, que habían puesto en riesgo decenas de cuadros y libros atesorados en el museo.



Sería sorprendente que en México las cosas fueran distintas. La Escuela Normal de Maestros (ENM, 1947), diseñada por Mario Pani (1911-1993) y construida bajo la vigilancia del ingeniero Esteban Hoyo Jr., gerente del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE), conjugó varios factores peligrosos: la prisa política por inaugurarla, las distintas versiones sobre su costo real y la nula división de responsabilidades. Una nota del periódico *Novedades* del 22 de noviembre de 1946 informaba que la flamante ENM abarcaría 119 mil metros cuadrados a un costo de 7 millones de pesos. Al inaugurarse un año después, el 6 de noviembre de 1947, se anunció que había costado 15 millones de pesos. El periódico *Excelsior* (4 de noviembre de 1947) afirmaba que por órdenes del presidente Miguel Alemán, al designarse a México como sede de la Segunda Conferencia de la UNESCO, la construcción se aceleró de tal forma que, tras emplear diariamente “25 toneladas de concreto, 200 mil de ladrillo comprimido ‘Santa Julia’ y 200 mil de varilla corrugada”, los trabajos se concluyeron en tres meses. El edificio principal de la ENM contaba con una esbelta torre para laboratorios, de la misma altura que la columna de la Independencia, flanqueada por dos largos y altos pórticos rematados por altorrelieves de Luis Ortiz Monasterio. Esta gran fachada supera a la del Palacio Nacional: mide 259 metros. Los trabajos de la UNESCO se desarrollaron en el auditorio “Justo Sierra”, un moderno foro circular ubicado detrás de la torre.

Los problemas comenzaron meses después. El 30 de junio de 1948, el periódico *Prensa gráfica* bautizó la esbelta torre como “Nuestra torre de Pisa”: la estructura se inclinó nueve centímetros hacia la izquierda, lo que provocó que algunos vidrios se

reventaran súbitamente y que la cancelería sufriera deformaciones evidentes. Estudios revelaron que los pilotes de cimentación no habían sido hundidos lo suficiente en aquel terreno fangoso e inestable. El moderno auditorio “Justo Sierra” fue cerrado cuando aparecieron las primeras grietas en paredes y techos. Hacia mediados de 1951 fue demolido. Se reveló, además, que los baños de la ENM habían sido desvalijados, se habían robado hasta las cerraduras de las puertas y que la torre no contaba con elevadores. Las denuncias fueron sucediéndose y una serie de conflictos en la ENM llegaron a tal punto que un líder estudiantil de apellido Jáuregui demandó penalmente a Mario Pani. Lo responsabilizó por los daños y señalaba que era inconcebible que el arquitecto más prestigiado de México se hubiera gastado —nótese el aumento— 19 millones de pesos en un conjunto inservible. Pani había respondido a las acusaciones de forma más o menos tranquila, explicando que la inclinación de la torre se debía a problemas en el subsuelo derivados de la salvaje extracción de agua de los mantos freáticos, y que el auditorio derrumbado no se había concluido convenientemente por falta de dinero y las prisas por inaugurarlos. Ante la denuncia penal fue enfático: respondió a *El universal* (27 de marzo de 1953) que él no había sido el contratista de la obra sino el CAPFCE; que si la torre no contaba con elevadores era porque la SEP no los había comprado a pesar de que los cubos estaban contruidos; que el drenaje se anegaba porque la bomba de achique se había descompuesto; que los desperfectos eléctricos se debían a que personal poco capacitado había quemado la planta meses atrás; que ni siquiera le habían pagado sus honorarios como proyectista. Finalmente, el temblor del 28 de julio



de 1957, el mismo que derribó el Ángel de la Independencia, causó que la torre fuera recortada a seis niveles; la estructura desapareció definitivamente tras el terremoto de 1985.

Esta historia guarda algunas similitudes con la de la Biblioteca Vasconcelos (bv, 2006), la joya cultural del foxismo. Diseñado por Alberto Kalach (1960), y construido bajo la vigilancia de Oswaldo Cervantes

Rodríguez, director del CAPFCE, el edificio conjugó varios factores peligrosos: la prisa política por inaugurarlo, las distintas versiones sobre su costo real y la nula división de las responsabilidades. Una nota del periódico *El universal* del 6 de abril de 2006 informaba que la Biblioteca no excedería el tope presupuestado de mil millones de pesos. El edificio fue inaugurado por Vicente Fox el 16 de mayo de 2006, a pesar de las voces que pedían calma y sensatez. El arquitecto Enrique Espinoza, durante un recorrido por la biblioteca, expresó una de las grandes frases del sexenio: “El concreto no fragua por decreto”. Menos de un año después, la *bv* cerró sus puertas cuando las lluvias estropearon alrededor de 30 mil volúmenes debido a las goteras y a la humedad. Por debajo de la biblioteca el manto freático, que debería estar a veinte metros de profundidad, apareció a los cuatro metros, complicando desde el inicio los trabajos de cimentación. Además, se descubrieron fallas en los drenajes y en

los baños que la hacían, de momento, inutilizable. El costo final de la *bv* rondó los 2,300 millones de pesos.

¿Quiénes son los verdaderos responsables de estas penosas e indignantes situaciones? Debe aclararse que la separación entre el *arquitecto-que construye* (el ingeniero) y el *arquitecto-que diseña* data del Renacimiento, época en que la arquitectura se pasó del lado del arte, lejos de las polvosas mesas de los canteros y constructores. Este cisma provoca y seguirá provocando que ciertos delirios arquitectónicos se lleven a cabo sin ponderar debidamente su viabilidad. La principal responsabilidad recae en quienes eligen obras irrealizables desde el punto de vista técnico como la Estela de Luz, monumento que debería haber celebrado el Bicentenario, y que al día de hoy tiene entrampados a varios actores, entre ellos, algunos que desean convertirse en presidentes de México. En una próxima entrega abordaré el tema del arco que fue estela, episodio digno de un vodevil. **▲▲**

La ENM en sus inicios

